

LAS SEMILLAS DEL ENSAYO: UNA CONVERSACIÓN CON EMILIO LLEDÓ

Jordi Gracia y Domingo Ródenas de Moya

Con puntualidad hispano-germánica abrió la puerta de su casa Emilio Lledó, en la calle O'Donell de Madrid, para empezar a hablar y no dejar de hacerlo durante las tres horas de un mediodía primaveral, en marzo de 2016. En seguida recorrimos los tres, entre roces y codazos involuntarios, los estrechos pasillos atestados de libros hasta alcanzar el reducido espacio de un despacho invadido por cachivaches, fotos, manuscritos, bibelots y libros —ediciones de Cervantes, ediciones de Ortega, ediciones de Lledó— y acabar saliendo de ahí para instalarnos en una sala espaciosa igualmente rebotante de libros. La charla, que había empezado en la misma puerta de la vivienda, zigzagueó casi todo el rato, sin apenas centrarse en nada aunque posándose en casi todo. Y cuando se centró en alguna esquina desapacible en seguida el gesto de la mano de Lledó apaciguaba el desdén por este o aquel autor o libro, a la vez que reprimía nuestra ansia mal contenida por seguirle en la ruta que llevaba, sin conseguirlo.

JG: ¿Cuál es el libro que más te arrepientes de no haber escrito todavía?

ELL: El libro que tengo entre manos, el de la *philia*. Es un proyecto de hace mucho. Lo he ido soltando poco a poco, pero es que es un tema tan interesante, tan hermoso; se ha escrito tanto sobre ello —os podría enseñar una buena parte de la bibliografía— que quisiera hacer algo que valiera la pena.

JG: ¿Qué quiere decir que merezca la pena?

ELL: Que haga alguna aportación a un tema tan manido, tan estudiado, tan esencial como es el amor. Porque somos seres *fechados*, valga la expresión, en dos fechas: una, los afectos y otra, la palabra. La palabra se tiñe de afectos, evidentemente, pero somos seres de amor y de *phoné semantiké*, que diría, con esa expresión tan trivializada, Aristóteles.

DRdM: Pero sobre el asunto llevas escribiendo mucho tiempo. Yo te he leído bastantes cosas al respecto.

ELL: Sí, es cierto, pero si me concentro y me organizo en este año podría acabar. Hasta ahora no he podido porque me ha faltado *pragmacia*. Entre mis defectos está el ser muy poco pragmático. Yo escribo, pienso, pero no pienso en que se publique. Y eso es un defecto, ¿verdad?, porque el *logos*, el bien, decían los clásicos, es difusivo de sí mismo. Y si yo creo que lo que hago está bien, no porque sea bueno sino porque es sincero, porque me brota... Supongo que eso tiene que ver con qué es el ensayo.

JG: Te iba a plantear esa cuestión porque una característica de tu ensayismo es no tanto la falta de pugnacidad como su ausencia.

ELL: Pugnacidad me gusta, ¿qué entiendes por eso?

JG: Pugnacidad en el sentido de combatividad, en el sentido de intervencionismo movilizador... Nunca hay nada de eso.

DRdM: Disculpa, pero yo no estaría tan absolutamente de acuerdo, porque recuerdo que en algún elemento sí: yo creo que cuando hablas de *paideia* estás pensando en la educación hoy de una manera crítica. Ahí sí hay una pugnacidad notable.

ELL: Sí, eso me encarniza, y algunas cosas políticas. Lo que pasa es que hace tiempo que no escribo en *El País*, pero el último artículo, creo, o el penúltimo se llamaba «Aterrorismar». Un verbo que me salió de la manga. Y luego otro, «¿Quién privatiza a los políticos?», aunque ya me he cansado; pero bueno, os lo decía por la pugnacidad. Yo me siento en la vida y en el instante y por eso me sorprende a veces algo del ensayismo contemporáneo de algunos que oscurecen, que hacen una papilla lingüística, el adjetivo no es exacto, verbal, una papilla de lenguaje en

donde todo se diluye y uno se queda sin saber de qué va aquello que está leyendo. Y el no saber de qué va, en muchas comunicaciones ensayísticas de nuestro tiempo, de aquí y de fuera, me desconcierta... No sé si es que yo no lo entiendo, mi nivel intelectual no es captador, o la cosa en sí no es captable.

JG: ¿Pero te parece esa percepción un rasgo del ensayismo reciente o crees que forma parte de los vicios de un cierta escritura opaca, hermética o estilizada?

ELL: No del todo reciente.

JG: ¿Lo puedes precisar?

ELL: Sí, sucede que yo al menos me impreciso a mí mismo, que yo no lo puedo precisar. Hay pequeñas sugerencias... Quizás se deba a la necesidad de abrir nuevos caminos en eso que se llama el ensayismo, pero hay un grupo de *confumentidores* que tienden a escribir acartonado.

JG: El ensayo acartonado.

ELL: El ensayo no tiene tesis y, por lo tanto, no tiene fin. Tú escribes sin objetivo ni rigidez, no hay una pared delante con la que tienes que topar.

JG: «Tejer y no hacer jerséis», como decía Ferlosio.

ELL: Exacto.

JG: Es fantástico, pero yo creo que eso es una coquetería porque no es verdad. Me parece que sí hay un objetivo no confesado o, en todo caso, disfrazado o atenuado, si quieres, pero por supuesto que hay un objetivo. Latente, tácito, pero está. Está en la motivación. Lo que pasa es que eso es una manera de decir que no hay ningún dogmatismo en la propuesta ni ninguna voluntad prescriptiva, ni ordenancista ni reglamentista, pero claro que hay un objetivo: la voluntad de desenmascarar algo, de deshacer algún equívoco. Yo creo que eso está, y por tanto ese es el objetivo real, pero no con la petulancia de decir «he descubierto no sé qué»; no, eso ya no. Es un tejer que sí va haciendo forma. A lo mejor no sale un jersey y sale una miserable rebequita. No sabes qué va a salir, pero sabes que estás tejiendo con una finalidad.

DRdM: Creo que valdría la pena detenerse un momento porque se ha aludido a un par de patologías en la práctica del ensayo, cuando menos actual: la oscuridad y el acartonamiento. Dentro de la inmensa masa de prosa de ideas que se lanza en revistas, periódicos y en libros, conviene discriminar y está muy bien el señalar esas lesiones o patologías: de un lado...

ELL: Sí, sí, me ha pasado, ves, ha sido una experiencia. Dice el filósofo que somos experiencia y lenguaje; pues en mi experiencia está el haber querido ver este tiempo, estos últimos años, con algo de claridad y percibo que hay una obsesión por la *pragmacia*: «¡publica!», y en lugar de «publica que algo queda», «publica que nada queda».

JG: Es otra de las patologías (como algunos sabemos de primera mano).

DRdM: Claro, y por lo que yo quería preguntarte a propósito de eso que estabas comentando es por esa confusión u oscuridad que a ti te parece observar en cierto ensayismo. Si fuera posible localizar su origen, ¿dónde lo situarías? Digamos, ¿en el plano de los conceptos y su concatenación, en la trabazón profunda del pensamiento que se manifiesta verbalmente o más bien en la superficie del mismo estilo, en las palabras?

ELL: Quizá en las palabras, pero honestamente, eso de encontrar el problema del ensayismo... Yo no lo tengo muy claro.

JG: No, nosotros tampoco, por eso venimos...

ELL: Pues no sé si responde a una necesidad de comunicar algo de verdad, aunque uno tenga limitaciones, o si responde a la sociedad de la difusión, de la «difusibilidad», valga la palabra; o sea, estamos en una sociedad de comunicación, de consumo y nos consumimos. El primer consumido es el consumidor. Yo creo que hay un exceso de publicidad y ese exceso hace que haya un buen grueso de la producción que se sustenta en la cita, en la mención de ciertas figuras como un modo no sólo de prestigiar sino de promocionar el propio texto. No quiero ser injusto, pero parece que uno no pueda escribir nada si no rinde tributo a ciertas figuras muy cotizadas. Hay una insistencia en determinados nombres que hace que parezca que para estar en la vida intelectual contemporánea uno tenga que claudicar.

JG: ¿Y por qué no lo enfocamos al revés? ¿En qué nombres identificas el ensayismo como una forma de conocimiento, como una forma de exploración y de difusión de esa ansia de conocimiento?

ELL: Bueno, verás, es que tendríamos que entrar antes en cuestión. Va a parecer disparatado: *Sobre la memoria y la reminiscencia*, de Aristóteles, o el *Lisis* de Platón, o el Libro I de la *Historia* de Tucídides, o el «Comentario» al *Cántico espiritual*, de Juan de la Cruz, cuya prosa yo no conocía y me parece sobrecogedora. Y en el ensayismo contemporáneo, pues, bueno, no me atrevo a dar nombres, pero no me apasionan demasiado.

JG: Ese es el punto: que abiertamente confieses tu falta de atracción, de adicción al ensayismo contemporáneo es un dato en sí mismo.

ELL: Sí, pero es cuestión de afecto mío.

JG: Efectivamente, porque podríamos mencionar tanto Domingo como yo autores que sí nos han engendrado ese nivel de adicción: Ferlosio, Savater, Juan Benet...

ELL: Esos nombres que acabas de decir a mí me interesan también. Ahora estoy leyendo a Rafael Argullol, ¿me entiendes? O sea que claro, son gente que yo estimo y respeto. Muchos de estos ensayistas son magníficos, interesantes y su escritura es fruto de un entusiasmo, lo cual es muy importante.

JG: Pero no lo compartes.

ELL: No es que no lo comparta; es que no tengo tiempo, quizá.

JG: Que no consiguen atraparte, que Aristóteles te sigue atrapando, Tucídides te sigue atrapando, pero autores más contemporáneos no te atrapan.

ELL: Montaigne me sigue atrapando. Tengo varias ediciones por ahí, francesas y traducidas.

DRdM: Yo me iría un poquito antes, a mí me gustaría saber si sientes esa misma falta de adhesión por ensayistas que vienen de finales del XIX y digamos hasta la guerra. ¿Qué piensas de los

españoles de comienzos de siglo? Los Unamuno y Ortega llegando hasta María Zambrano y demás, ¿siguen manteniendo el vigor y la capacidad de seducción?

ELL: Sí, sí, aunque hace ya mucho tiempo que no los leo. He dado cursos sobre Unamuno. Si hubiera sido pragmático podría tener tres libros sobre él... Viendo el otro día unas carpetas sobre Unamuno me dije «¡qué burro eres!». Son de clases. En Alemania he dado tres cursos sobre Unamuno y tres o cuatro sobre Ortega, pero quizás porque yo no encontraba nada original o digno de ser escrito, de ser comunicado, no me puse a escribir un libro. A lo mejor es que soy demasiado autocrítico, pero bueno, es que son materiales de clase.

JG: De ahí se deduce que los libros y artículos que sí has publicado eran exigencias propias, el fruto de la necesidad de decir una determinada cosa y escribirla, y además publicarla, pero sobre todo la necesidad de escribirla. ¿Ahí es donde puede haber un eje para distinguir el ensayo que tú reconoces como obra propia en tanto que necesidad expresiva y por tanto literaria?

ELL: «Obra propia» suena quizá demasiado importante. Tenía necesidad, pero no sé por qué. Yo me muevo en ámbitos más modestos, más sencillos. Con total sinceridad, yo no sé por qué me salen los ensayos. Cuando me dicen: «Es usted un filósofo», yo digo que yo no soy filósofo: soy un profesor de filosofía que ha escrito unos cuantos libros, pero porque ha tenido la necesidad de ello: me han salido. Y otros cuantos que podría haber escrito, pero no han salido, y eso por mi ausencia de energía, de organización, de entusiasmo.

DRdM: En relación con esa obra propia, yo preguntaría por un momento de inflexión. Los libros de los noventa parecen responder a una modulación de la palabra y a un modo de merodear los asuntos distinto al de los libros anteriores, ¿tú tienes esa percepción también, esa conciencia? ¿Recuerdas haberte propuesto hacer un tipo de escritura distinta?

ELL: No tengo conciencia, pero es verdad lo que dices. Por ejemplo, el libro primero que yo publiqué, que ahora lo han republicado en México, se llamaba *El concepto 'poiesis' en la filosofía griega*. Era un libro, pues, «eruditillo». Quise hacer un libro técnico. Era para lo que estaba más preparado. Estudiar el origen de la palabra griega 'poiesis' y ver qué significó eso que llamamos poesía; ver cómo en los primeros textos significaba hacer un puré, una papilla, combinar cosas;

en el caso de la poesía, combinar el lenguaje, combinar sensibilidades. En fin, quise hacer una cosa muy erudita y salió ese librito. Entonces me parecía que frente a aquella universidad *papilosa* que yo había vivido, ese tipo de trabajo era necesario.

DRdM: Permíteme insistir en lo interesante que resulta que después de haber desarrollado a lo largo de 20 años una obra con un perfil más bien académico, los primeros libros de los noventa parezcan orientarse en una dirección distinta. Estoy pensando en *El surco del tiempo* y *El silencio de la escritura*.

ELL: Lo que no sé muy bien es por qué. No hay una intención literaria. Me salía así. Esa es mi escritura. Lo que me preocupaba mucho, no solo ahora que estamos en un mundo digital, sino de siempre, es el fenómeno de la lectura, de qué es leer. Yo me siento acompañado por estos libros que estáis viendo alrededor. Podrían no ser valiosos en cuanto a lo exquisito de la edición —nunca me he comprado nada así—, pero son mi compañía. Casi podría deciros la lucha que tuve por conseguir la edición de Descartes, de Spinoza. Podría hablaros de esa pasión. Fijaos en aquel Kant, la *Crítica de la razón pura*, con el lomo desgastado.

DRdM: Esta biblioteca es tu biografía materializada.

ELL: Exacto. Por eso, aunque esté solo, me acompañan. Y no me imagino esta habitación más organizada, toda en blanco y con cuatro o cinco, ¿cómo se llama?, *ebooks*, colgando de la pared, cada uno con dos mil ejemplares. Esto es otra cosa, y eso fue lo que me llevó a reconsiderar el problema de la escritura, el silencio de la escritura y la posibilidad de hablar de ella. No nos damos realmente cuenta de lo que significa esta compañía, esa posibilidad de diálogo que va desde los presocráticos hasta Husserl, que está por ahí. Ese enriquecimiento y esa compañía que significa la literatura; y por eso la literatura tiene que acompañar, no puede perderse en *pragmacia*.

JG: ¿Pero por qué en esos dos libros la voz sale como sale? ¿Por qué tanto Domingo como yo, y creo que la mayoría de los lectores, identificamos ahí otra forma de escritura como, por cierto, la identificamos en cierto tipo de articulismo, el más atado al día a día, donde uno reconoce otra cara de Emilio Lledó, donde se le oye mejor, más directo, más fresco, más expresivo? ¿Qué nivel de conciencia o de decisión hay en ello?

ELL: Me planteáis un problema del que no tengo conciencia. Debe de estar en el subconsciente o en el inconsciente, pero no ha sido una pretensión mía.

DRdM: ¿Ni siquiera intuyes que en esa escritura hay una apertura comunicativa?

ELL: Palabra de honor. Es una grata sorpresa. Me estáis descubriendo algo que yo no sabía.

DRdM: Yo creo que es clarísimo que en la obra de los últimos 25 años hay una apertura en términos comunicativos que, en el fondo, casi tiene la forma de esa *philia* de la que hablabas. Es una expresión amistosa, amorosa hacia el que te va a escuchar y eso antes no se daba. Había un perfil más frío, más técnico, más subido en los coturnos académicos.

ELL: Sí, he odiado toda mi vida los coturnos académicos. Uno de los defectos, en mi opinión —y eso lo digo con toda radicalidad porque es así—, de una buena parte de la vida filosófica o ensayística ha sido el acartonamiento. Y eso ha caído en pequeños tratados o grandes tratados de un lenguaje acartonado, que es un adjetivo que usaba en mis clases y ahora me emerge otra vez. Es un lenguaje sin vida, paralizado, con la pretensión de que eso sí es saber, sí es ciencia, y no esa otra *especulatorea* difusa. Y quizá he caído en estos libros en ser *especulatoreico* por evitar esa posición de tratado.

JG: ¿El ensayo es una forma de humildad?

ELL: Es que todo es ensayo. No sé, verás, no veo separación. Un ensayista contemporáneo, y no voy a dar el nombre, dice: el «*Tratado sobre el entendimiento humano de Leibniz*», y no se llama tratado.

DRdM: Es el ensayo, Leibniz lo llama *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*.

ELL: Eso es, Leibniz lo dice, y además lo escribe en francés, como Montaigne: *Nouveaux essais sur l'entendement humain*. Esos errores los podemos cometer todos, qué duda cabe, pero no se puede pontificar sobre un error. Kant no dice «Tratado de la crítica de la razón pura», dice *Crítica de la razón pura*.

JG: ¿A lo mejor el acartonamiento lo ponemos los propios lectores en textos que nacen con una voluntad ensayística más especulativa, más reflexiva o más exploratoria?

ELL: Eso puede ocurrir, yo no quiero ser injusto con intentos ensayísticos que pueden ser, como has dicho, un afán exploratorio. Veréis, yo aprendí a leer y me metí en la vida intelectual con don Miguel de Cervantes, con nueve o diez años, en la escuela pública de Vicálvaro. Lo he dicho muchas veces, en conferencias, en charlas, con don Francisco que, gracias a unos amigos que lo han investigado, sé que se llamaba López Sancho. Un maestro de la República que nos hacía leer el *Quijote* un par de veces en semana. Es sobrecogedor que a un niño de nueve o diez años le enseñaran con ese texto y no mediante adaptaciones infantiles, que ese es otro problema, pero no vamos a entrar en ello porque me perdería, y perdería el equilibrio. Leíamos el *Quijote* y este señor nos decía: «sugerencias de la lectura». Lo he pensado mil veces, qué maravilla. ¿Qué podría sugerirnos a nosotros, chavalillos de nueve o diez años, el *Quijote*? Pues ahí tenías que ir, con el papel y el lápiz, que muchas veces era de tinta y mojabas mientras ibas escribiendo, dejándote sugerir. Eso era la creación de la personalidad.

JG: Eso es el origen del ensayo.

ELL: Exacto, y eso es lo que he pretendido siempre. Aunque no es cierto el verbo, porque nunca he sido consciente de esa pretensión, pero he querido que lo que escribiera sugiriese, que dejase semillas. El ensayo es como una semilla. Esperma. Eso está en el *Fedro*, que es un prodigio. Dice que el lenguaje tiene que ser como una semilla que crece. Y el ensayo es esa idea de no dar la flor ya hecha, sino de semillar, de dejar la semilla, la sugerencia que luego germina. Creo que lo que he intentado es fruto de aquellos años porque nunca he tenido en el bachillerato ni en la universidad española a alguien que me dijera, como don Francisco: «sugerencias de Nietzsche», «sugerencias de Hegel»; no, aprendía apuntes y esas cosas, y por eso me fui, huyendo de ese acartonamiento y caí en el pequeño acartonamiento que era *El concepto 'poesis' en la filosofía griega*.

DRdM: Estás describiendo la diferencia entre la escritura tratadística, que es una escritura no revocable, autoritaria, y la ensayística, que es todo lo contrario...

ELL: Exacto. Aunque en el fondo... ¿qué es un tratado? No sé si existen los tratados. Bueno, Wittgenstein, sí, pero eso es otra cosa, el *Tractatus*, claro. Además, «tratar», como quien «tiene buen trato», es acariciar las ideas, acariciar los libros, acariciar el papel, metafóricamente, se

entiende. Puede haber un tratado, por ejemplo, la *Gramática griega* de Schwyzer, pero tampoco es un tratado, es una gramática griega: tiene que tener una disciplina, una coherencia, un rigor y decirte lo que es un aoristo y no «aoristificar» sobre qué es un aoristo. Si no tiene eso..., pero a lo que me refiero es a que todo el pensamiento es una apertura, el pensamiento no se «tratadifica». La palabra tratado se ha utilizado tan mal. Naturalmente que un tratado de derecho civil es un libro en donde se condensan una serie de estructuras coherentes para el aprendizaje de algo tan serio como es el derecho civil, pero el mundo de la filosofía es un ensayo abierto. Platón, al acabar el *Hippias Mayor* dice: «Sócrates, nos hemos quedado sin saber lo que es la belleza después de tanto hablar» y concluye que «lo bello es difícil». Y así acaba. Pues bien, el pensar es difícil y si lo acartonas, si lo cuajas con la idea de un rigor y una precisión, lo secas.

DRdM: Se momifica y pierde la vida.

ELL: Se momifica, exacto. Y yo creo que el gran pensamiento es lo contrario a eso. Leyendo la prosa de Juan de la Cruz he aprendido lo que era la conciencia, la intimidad, mejor que en muchos tratados: «Tratado sobre la intimidad», lo coges y dices «Dios mío». Yo creo que esa apertura está en la esencia misma de la filosofía y la «tratadificación» es su condena. Es sorprendente que el primer gran bloque de literatura filosófica sean unos diálogos. Me sorprende que se hable de los «tratados» de Aristóteles, pero ¿como tratados? ¿qué sabía él que eran tratados? Podríamos imaginar a alguien diciendo: «Aristóteles se proponía escribir una metafísica», ¡pero si no sabía ni lo que escribía! ¡si el nombre de *Metafísica* a esos libros, supuestos libros, se lo pusieron siglos después! Y el creador de los «tratados de ética» no menciona nunca, creo que no me equivoco, la palabra ética. Solo en una de ellas dice *en tois ethikois*. Decir «los tratados de Aristóteles» es un disparate tan grande. Fíjate, qué relación podía tener en aquel tiempo, hace veinticuatro siglos, un autor con lo que escribe: era puro ensayismo, pura creatividad, puro plantearse una serie de temas y abordarlos con el lenguaje, comunicarlos, porque pertenecían a una cultura del diálogo.

DRdM: Yo, de todas formas, no acabo de verlo claro porque, y tú me corregirás, tengo la impresión, cuando leo algo de Aristóteles, por ejemplo la *Poética*, que hay una vocación de construir un conocimiento transmisible, a diferencia de lo que encuentro en el gesto de

Montaigne, dando un salto en el tiempo, en 1580, donde descubro una suerte de conversación hacia un destinatario impreciso, pero perfectamente errática, donde está fluyendo, digamos, el desorden de nuestras propias ideas, en tanto que en Aristóteles parece haber una relativa violencia al desorden de nuestras ideas para encauzarlas en una determinada dirección. Quiero decir que a mí me parecen formas muy genéricas de escritura que parecen obedecer a impulsos o propósitos diferentes, quizás me equivoco, pero tengo esa impresión en Montaigne y en cierta tradición que parte de él.

ELL: Sin duda. Hay una diferencia de siglos entre los dos. Ha pasado el Renacimiento, pero yo creo que en el fondo, aquella necesidad de comunicación que se ve en Aristóteles, por ejemplo, en la *Ética a Nicómaco*, cuando dice: «Todos los seres humanos tienden a la felicidad y al bien, pero cada uno lo entiende a su manera»; eso es moderno, pero le pusieron una mitra en la Edad Media.

JG: Exacto, más que momificar, *mitrificar*, y restarle la naturaleza ensayística para sobrecargarlo de una especie de prescriptividad.

DRdM: Quizás leemos a Aristóteles desde una postura hermenéuticamente condicionada desde el siglo XII hasta hoy. Lo que nos sitúa en otro de los aspectos que me interesa mucho: el horizonte de interpretación en el que nos situamos cuando tenemos que leer discursos antiguos o discursos de otros, simplemente. No hacemos más que proyectar nuestras propias expectativas de lo que queremos encontrar en esa especie de horizonte de encuentro entre el que ofrece la obra y el propio lector.

ELL: Sin duda. Estamos desfigurados mentalmente, desorientados, por eso esta pequeña reivindicación de Aristóteles. ¿«Tratados»? Ni siquiera sabía lo que hacía. No se escribía, y lo que escribió no eran más que notas que él tomaba dialogando consigo mismo para después discutir las con sus alumnos en el Liceo. Hemos desfigurado el pensamiento. Eran notas para comunicar. Sin embargo, nos han educado en el Aristóteles escolástico de los tratados de metafísica. Dejarme que os lea un par de líneas de Aristóteles, el de los tratados: «El bogavante es todo él de color grisáceo salpicado de manchas negras. Son ocho sus patas de abajo, esas que van detrás de las grandes. Tiene también dos pinzas, mucho más largas y anchas en sus extremidades que las de

la langosta, y de desigual tamaño: la de la derecha tiene al efecto la punta plana, larga y fina; la de la izquierda es en cambio maciza y redondeada; cada una extendida en sus extremos como una mandíbula con dientes arriba y abajo», etcétera, etcétera, etcétera, observando, y acaba: «todos estos animales absorben el agua de mar cerca de la boca. Solo los cangrejos la arrojan obturando una pequeña parte de ese orificio. Todos tienen dientes y en la boca hay como un trozo más carnoso que hace las veces de lengua, pero no habla». Este no es el Aristóteles en el que nos han educado.

DRdM: Es un observador del mundo, un teórico: la mirada es la teoría. Parece de un naturalista del XVIII.

ELL: Exacto. Yo le llamo a eso «los ojos del filósofo». El mismo Aristóteles dice que lo más importante es la sensación, la *'aisthesis'*, lo que perciben los sentidos.

DRdM: Es interesantísimo porque si algo caracteriza al ensayismo en su núcleo central, al menos desde Montaigne, es que hay una presencia constante de una mirada. Se trata de una mirada individual, personalizada; la de un ser humano que observa y reflexiona.

ELL: Lo maravilloso que nos ha entregado la cultura griega es que el pensamiento es como un brote, que es un diálogo del pensamiento consigo mismo. Yo creo que esa apertura está en la esencia misma de la filosofía y la «tratadificación» es su condena. Y por eso una buena parte del ensayismo contemporáneo, del mejor ensayismo contemporáneo, es intentar abrir, intentar explorar un horizonte de ideas. Lo que pasa es que hay que hacerlo siempre con el lenguaje, más allá del lenguaje... Yo no estoy de acuerdo con Wittgenstein cuando dice: «De aquello de lo que no se puede hablar más vale callarse». Yo creo que precisamente hay que hablar de aquello de lo que no se puede hablar porque quién me dice a mí qué es de lo que no se puede hablar.

JG: De ahí parte del interés del ensayismo que sí vulnera esos límites intangibles.

DRdM: ¿Hasta qué punto encontramos ahora mismo ensayistas capaces de vulnerar esos límites?

ELL: Y sobre todo sin caer en trivialidades. Pero qué duda cabe, creo yo, de que una parte de la atonía de un ensayismo poderoso del siglo XIX o el XX se ha dado en España porque

en este país ha habido una represión inquisitorial durante cuatro siglos. Eso es evidente. Y no digamos en la época moderna, por el franquismo, aunque eso es lo de menos, lo de más han sido los cuatro siglos y pico. En 1826, si no me confundo, a Cayetano Ripoll, un modestísimo maestro alicantino o valenciano, no me acuerdo, lo condena la Inquisición; ¡en 1826! ¿Por qué? Pues según don Marcelino Menéndez Pelayo, en la *Historia de los heterodoxos*: «es que, claro, era deísta». ¡Es que era deísta! Y eso ha pesado sobre todos nosotros. Nos hemos escapado como hemos podido, pero todo eso resuena. Me interesó mucho durante años el problema de la Inquisición, pero dejé de leer sobre ello hace diez o doce años porque me entristecía. Me amargaba la vida. Tengo muchos libros ahí, americanos y españoles, de exiliados ilustrados que se iban, de curas ilustrados que se marchaban a Francia. Y me amargaba, como me amarga la guerra civil: tengo ahí una biblioteca muy buena dedicada a ella, pero ya no compro ni leo sobre el tema porque veo ecos en nuestras comunicaciones verbales, en nuestra política, en nuestros tertulianos, etcétera, veo ecos de la guerra civil, como si no lo hubiéramos superado, como si la democracia fuera una continuación de la guerra civil, pero por otros métodos. Como si los vencedores siguieran venciendo y eso, claro, para mí, que he padecido familiarmente la guerra civil, y hasta físicamente, porque el hambre de Madrid la he padecido del año cuarenta al cincuenta muy ferozmente, eso es muy duro. Pero aparte de eso, por otras razones, yo sé muy bien el país al que pertenezco: yo pertenezco al país de la República, con todas sus aparentes contradicciones. Yo estoy convencido de que esto, este país, sería mejor si no hubiera ganado la guerra quien la ganó.

DRdM: Estás hablando del país de Giner de los Ríos, el país de la Institución Libre de Enseñanza.

ELL: Exacto.

DRdM: Y Giner era un ensayista y alimenta una gran parte de ese pensamiento libre por primera vez después de esos siglos de represión.

ELL: Está aquí mismo (y se levanta para cogerla). Esta es la vieja edición de Giner.

DRdM: ¿No será la del año 16, cuando él muere, en el 15, la que prepara Manuel Bartolomé Cossío?

ELL: Exacto. Pues bueno, se lo digo a Pepe García Velasco, con el que hablo mucho de Giner: ¡no existe una edición de Giner desde el 39! ¡Qué curioso! Tomas estos libros y te das cuenta de la erudición que tenían. ¡Lo que sabía! Estaba «al loro» de revistas americanas, francesas, hasta tenía informes de ministros de educación franceses. No era solo una cosa así idealista; no, no, era, en el mejor sentido de la palabra, información tratadística, valga la expresión. Pues bien, tengo estos tomos, no los tengo todos, porque los encontré hace años en una librería de viejo, pero no se ha publicado, ¡qué curioso! Es que era revolucionario. Eso era revolucionario verdaderamente. Eso sí que era creativo.

DRdM: Eso casi podemos darlo por perdido para siempre. Va a ser muy difícil recuperar eso. Ni siquiera la Institución creo que tenga recursos para plantearse la edición de las obras completas.

ELL: Pero, ¿por qué?, ¿por qué? Tampoco es tan complicado hacer quince o veinte tomitos, ¿por qué? Yo estoy en la fundación e insisto continuamente. Es verdad que se quitó porque de repente llegó la guerra y no se podía publicar a Giner. Eso es obvio, pero después de tantos años, que esta doctrina, que estas teorías, que están latiendo no encuentren ningún apoyo editorial...

JG: Alianza publicó una antología muy bonita y muy bien hecha a finales de los sesenta.

DRdM: Sí, la fundación Lara también hizo una selección de los ensayos.

ELL: Sí, sí, las tengo, pero fijaos, es que estamos hablando de «Ciudades enfermas», «Madrid en la época de Giner», «Distancia de los niños», «La ausencia del amor en la escuela»; bueno, pues eso no se ha repetido. No se ha dado, no se ha entregado, no se ha enseñado, no se ha mantenido. Es verdad que no se podía mantener, fíjate, en la universidad que yo he vivido aquí en Madrid... Y luego, después, yo he sido profesor de instituto, pero es verdad que al volver de Alemania, creo que sin conciencia de todo eso, porque entonces yo no lo conocía más allá del nombre a Giner y quizá a través de don Francisco, mi maestro, creo que yo quería, me brotaba... y por eso el éxito, entre comillísimas, de mis experiencias en el instituto de Valladolid se debe al entusiasmo, a que yo creía que era muy importante la comunicación del profesor con sus alumnos.

JG: ¿Vienes a decir que te sientes heredero, en alguna medida, de la lección institucionista de Giner?

ELL: No, qué más quisiera yo.

DRdM: Pero puede haber una afinidad de caracteres y de concepción de la enseñanza.

ELL: Eso sí, eso por supuesto.

JG: No se me había ocurrido nunca pensarlo así.

ELL: A mí tampoco, me estáis descubriendo a un señor que no conozco.

DRdM: Flotaba antes en el ambiente la cuestión de la ausencia de una cierta tradición ensayística en España hasta el siglo XX. Y tú señalabas que hemos padecido un sistema de represión sistemática del pensamiento. Hay una relación directa entre la falta de libertad de conciencia y la virtual imposibilidad de desarrollar ese pensamiento libre en una forma de ensayo a la manera de...

JG: Me estoy acordando inevitablemente de aquel artículo de 1875 u 80, de Clarín, sobre la libertad de examen. Es una apología de la libertad de examen en términos modernísimos, en los nuestros. Lo digo porque a veces tendemos a olvidar las zonas en las que la dignidad queda salvada. La dignidad intelectual, quiero decir. Gente como Clarín hizo una defensa radical, militante y constante de la libertad de conciencia, y la ejerció sin freno, y en el momento en que Giner está haciendo sus ensayos.

DRdM: Es el momento en el que empieza a haber alguna forma de escritura en la que mirar a la realidad ya no está restringido a parámetros...

JG: Exacto, no está restringido, pero dictado por la valentía. Sin valentía y coraje...

ELL: Toda la creatividad literaria, ensayística, filosófica, antropológica es un pensamiento abierto. El problema está en el acartonamiento que ha padecido nuestra cultura. Por ejemplo, yo tengo el sillón de don Marcelino (en la RAE). La ideología de la *Historia de los heterodoxos* me repatea, pero tenía veinte años, estaba contaminado, y no sabríamos que ha habido heterodoxos si no hubiera empezado él. Pero vamos, ¡si hasta justifica la quema de brujas en la plaza de San Francisco, en Sevilla!

JG: Sí, sí, católico a machamartillo.

DRdM: Alguna vez se le escapa la simpatía por algún heterodoxo. No controla...

ELL: Es cierto. Con Raimundo Sabunde, por ejemplo, cuyo *Tratado del amor de las criaturas* es un prodigio.

DRdM: Al que le dedica Montaigne el ensayo más largo, el duodécimo del libro segundo.

ELL: Exacto. Creo que de algún modo en el origen de todo ello está nuestra concepción de la educación. Fijaos en qué paradoja: 'método' en griego es estar en camino, lo más opuesto a la metodología cuadrículada; es estar en camino, y el camino se hace al andar, como decía nuestro otro genial ensayista cuyo libro, *Juan de Mairena*, debió ser lectura obligatoria de Educación para la Ciudadanía. Ser es percibir, pensar e interpretar la realidad. Es importante *ensayar* la educación con los niños, crear pensamiento abierto para enseñarles que la educación es un camino y que el Bien no es algo fijo o absoluto que uno les pueda meter como un glóbulo o como un coágulo mental, sino que es una apariencia que se nos presenta, pero tenemos que interpretar las apariencias. Tenemos que saber darle la mano a esa presencia, estrechársela.

DRdM: Estás definiendo la pedagogía institucionista.

ELL: ¡Claro! Es que se me escapa.

DRdM: La educación como ensayo.

ELL: Y hay que construir la intimidad. Hay que construir el yo. La única cosa de la que estoy orgulloso de mí mismo es de que aquel jovencuelo de 22 o 23 años cogiera y se fuera a Alemania, y me parece que yo soy aquel, y esa coherencia, con todos los respetos, me llena de satisfacción.

DRdM: Pero ¿por qué dices «me parece que soy aquel»? Eres aquel.

ELL: Confío.

Emilio Lledó se queda un momento recordando a aquel joven que «era ya muy poco orteguiano» y que no sería «heideggeriano nunca», aunque «vi a Heidegger dos o tres veces y tengo anécdotas con él». Cuenta la de Zubiri: en España le habían dicho que, para Heidegger, la figura más grande del pensamiento español era Zubiri. Uno de los miércoles que un grupo de diez o doce discípulos se reunía con Gadamer en su casa para leer en griego la *Física* de Aristóteles, el anfitrión llevó a Heidegger. El cónclave juvenil, pedantillo y marxista, consideraba al viejo filósofo con condescendencia como «el sueño de un burgués entre guerras». Pero aquel día Heidegger les preguntó si recordaban determinado pasaje del *De Anima* y se arrancó a recitarlo en griego de memoria. Luego se fueron a tomar una cerveza en Neckars y Lledó se sentó junto al filósofo, que notó su acento extranjero. «¿De dónde es usted?», le preguntó. «Aus Madrid», repuso, sintiéndose «como un torero». Entonces Lledó quiso buscar pedigrí y le preguntó si conocía a Ortega. Heidegger lo elogió. Lledó quiso ampliar el pedigrí español y añadió: ¿y Zubiri? A lo que Heidegger contestó: «Bitte?». Ni siquiera la repetición del nombre le dijo nada. Entonces Lledó escribió en un posavasos «Zubiri». «Nicht», dijo Heidegger, no he oído ese nombre en mi vida. Y aunque nos baila en nuestra propia memoria alguna carta de Heidegger a Zubiri anterior a la guerra civil, Lledó sigue sumido en sus recuerdos, confiando en ser el mismo todavía.

